

www.elboomeran.com

Luis Goytisolo

Estela del fuego
que se aleja



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Ángel Jové

Primera edición: febrero 1984
Segunda edición: septiembre 2013

© Luis Goytisolo, 1984

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1703-4
Depósito Legal: B. 1055-1984

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

ADIVINA QUIÉN SOY. Decir esta noche ceno en Madrid o mañana almuerzo en Bilbao o pasado mañana estoy en París, es exactamente eso, un decir, una forma de hacerse entender, una expresión que responde a un contenido distinto al enunciado y que así debe ser comprendida, un equivalente del está reunido que mi secretaria, guiada en parte por la experiencia y en parte por su intuición, utiliza para filtrar determinadas llamadas telefónicas, había escrito A en Barajas, a la espera de que anunciaran la salida de su vuelo; frases que yo no he inventado, convenciones impuestas por quienes desean dárselas de hombres de mundo o cuando menos parecerlo, contraseñas de un alto standing de vida, escribió aún mientras los pasajeros se iban agrupando ante la puerta de embarque.

Una vez en el avión pudo seguir con sus notas, precisar la idea de que ir a París o a Bilbao o a Madrid o simplemente a ver unas obras a menos de cien kilómetros de Barcelona, eran actividades que, no por ru-

tinarias, habían perdido para él su carácter de viaje. El tiempo podía haberse encogido, haberse reducido a una fracción del tiempo que antes tomaba cubrir la misma distancia, pero cada uno de esos desplazamientos constituía para A un viaje de entidad no menor a los de cuando niño, cuando se iban de veraneo, parte a Puerto de Pollensa y parte al campo, esto es, al paso de Peshawar, al archipiélago malayo, al Lejano Oeste. Aunque en este aspecto nada igualaba al avión, pocas cosas liberaban tanto la memoria y la imaginación de A, pocas cosas le alejaban tanto de las tensiones cotidianas, como un viaje al volante de su automóvil, por familiar y relativamente breve que fuera el recorrido. Tampoco la importancia de un sueño está relacionada con la cantidad de horas que uno ha dormido.

Condición imprescindible para que el efecto liberador se produjera, eso sí, era la de hacer el viaje solo, sin gente que hablara, bromeara o durmiera, ya que, como en el tren, parecía bastar la presencia de otros para que ese efecto quedara neutralizado. Únicamente a solas era capaz de ver las cosas, no como unos supuestos operativos en los que todo el mundo parecía estar de acuerdo, sino como lo que realmente eran: evidencias de oscuro significado que, por algún motivo sólo en apariencia sorprendente, nadie parecía tener interés en dar por buenas. Antes de finalizar el viaje, A ordenaba, agrupaba y memorizaba sus ideas en unos cuantos puntos que luego, cuando tuviera tiempo, desarrollaría en forma de anotaciones. Cosas que no guardaban relación alguna con las gestiones que habían motivado el viaje.

Otro factor condicionante era la distancia a la que A se encontraba de Barcelona. Una distancia que había que considerar, no en abstracto, sino en relación con el hecho de que A se estuviese alejando o aproximando respecto a Barcelona, pues mientras el número de kilómetros que iban quedando a su espalda actuaba de acicate cuando salía, a la vuelta, muy al contrario, la cuenta de los que le restaban para llegar hacía más bien las veces de freno, de forma similar a como la falta de aire termina por apagar una llama. Así, no era el despertar en el hotel, ni la travesía del ajetreado Madrid de las siete de la mañana, ni siquiera la miseria fantasmagórica del primer vuelo del Puente Aéreo, lo que abría una solución de continuidad en la secuencia liberadora del viaje. La verdadera sensación de punto final se creaba únicamente a partir del momento en que, no bien tocaban tierra en El Prat, A se metía en el coche y, dejando atrás el área del aeropuerto, regresaba a casa a la hora en que otros salían de la suya, oficinistas, horteras, la hora de los subalternos y, en la parte alta de la ciudad, de los colegiales, tanto más numerosos cuanto más se acercaba a su casa, un barrio que se diría cada vez más menudo y provinciano, más a la medida de lo que la ciudad podía dar de sí.

Ducharse, afeitarse, cambiarse de ropa, desayunar con Victoria mientras hojeaba el periódico y la correspondencia, todo como si también él acabara de levantarse; un té tan perfecto que casi parecía que lo hubiera preparado él mismo. Había una postal con panorámica de Cadaqués y firma ilegible (¿Natalia?)

y una carta de Marie Claude. Victoria le completaba el parte oral: había llamado Mario Guitart, el fiel Romero, y una secretaria que sólo quería recordarle lo de la firma por si no iba por el despacho. También Pisco, que estaba como una cabra, y papá, que también estaba como una cabra. ¿Conseguiste que Ángel se durmiese a su hora?, interrumpió A; un día de éstos tengo que llevarlo de putas. Pero el parte no había terminado: problemas con Ana, que le había salido con que tenía que volverse urgentemente a El Salvador, a venderse una finca, y que por eso le había buscado una hermana o cuñada o prima para que la sustituyera entre tanto, de igual forma que ella había entrado cubriendo la plaza de alguna prima o cuñada o hermana, cosas que lo mejor era aceptarlas como lo más lógico del mundo. En todo caso, tú hoy vas a ver unas obras, ¿no? Yo comeré con Mela. Es decir: con Carmela Torres. Mela y Vicky almorzando juntas. Victoria le hablaba a la vez afectiva y reticente, como si supiese algo que uno ni siquiera imagina que pueda saber. Un toque de ironía sin duda introducido para afirmarse, para compensar de algún modo la mutua comprensión existente y la ausencia de problemas entre ambas; un buen entendimiento facilitado, era obvio, por la holgada situación económica de que disfrutaban, a salvo, completamente a salvo, de sórdidos cálculos y penosas limitaciones, susceptibles de frustrar, por falta de medios, los impulsos de dos personas llenas de curiosidad y ganas de hacer cosas. Sólo se cansa de todo el que no se interesa por nada, dijo A. Y Victoria: te veo lleno de ideas positivas.

De nuevo al volante de su automóvil, Barcelona fue quedando atrás como el eco de su conversación con el fiel Romero, una serie de preguntas cuya respuesta, en realidad, el fiel Romero intuía o conocía de antemano, pero que prefería despachar aunque fuera por teléfono, guiado por la peculiar mezcla de sentido de la disciplina y espíritu escrupuloso que inspiraba su conducta, un hombre entregado en cuerpo y alma a su misión de puntal de la empresa, sin otra vocación, con su aspecto de niño enorme y torpe, que la de obedecer y hacer obedecer la voluntad del amo, balbuceando, aturullándose, derribando cosas, comportándose en todo como ese lobo calenturiento que posee a una mujer entre gruñidos y borbotones. ¿Respondía el fiel Romero a la imagen que Marie Claude se hacía de los españoles? Por supuesto que no. A lo que el fiel Romero respondía era a la imagen de uno de esos bourgeois que sont comme de cochons vilipendiados por Jacques Brel. Belgas, franceses; no españoles. La imagen de burgués y la de español eran hasta tal punto incompatibles para Marie Claude que cualquier excepción resultaba desdeñable.

La propensión de Marie Claude al razonamiento deductivo, a explicar el mundo por medio de unas categorías generales a las que debía ajustarse lo particular, a organizar su vida en función de tales categorías. Su manía de definir y de autodefinirse, de comportarse así o asá en la medida en que pertenecía a determinado tipo de personas, en que se caracterizaba por determinados rasgos distintivos que, por otra parte, no tenían por qué ser, ni de hecho lo eran, inmutables:

una mujer de natural espontáneo pero terriblemente frágil, impresionable, asustadiza. O una mujer divorciada que sabe de sobras lo que los hombres quieren y, sobre todo, lo que ella quiere. O una modelo publicitaria que no ha dudado en abandonar su carrera por el simple hecho de amar a Gustavo Sainz, una mujer romántica a la que ni siquiera le asustaba parecerlo. Yo soy así, tú eres así y así, y Gustavo es como es, ya le conoces, puntualizaciones, catalogaciones y clasificaciones que tenía por costumbre establecer de modo tajante y expeditivo, no tanto, se diría, para aclarar la situación a los demás, cuanto para su propio buen gobierno.

Las definiciones de tipo personal podían, no obstante, ser asumidas por una definición de grupo, como en el caso de los españoles, y entonces los rasgos individuales quedaban diluidos en los generales, y A y Gustavo Sainz llegaban casi a confundirse como dos rostros en una multitud. Los españoles no entendemos las efusiones de una mujer como ella, decía Maurie Claude, *los je t'aime, los je t'adore*, etc., que ella empleaba con tanta espontaneidad como limpieza, cosas que ni somos capaces de decir ni parecemos tomarlas en serio cuando nos las dicen. Peor: que incluso nos resultan ridículas y que hasta nos avergüenzan como algo impúdico cuando se pronuncian en público, secos todos nosotros en el terreno emocional, tiesos, rígidos, envarados, del todo negados a cualquier manifestación de ternura y afecto, a diferencia —contra lo que la gente suele creer— de los italianos, no sólo más alegres sino también más sensibles

a estas cosas. La vehemencia con que se expresaba, mezclando palabras españolas con otras italianas que ella debía de creer españolas, no restaba ni un ápice de nitidez al retrato por ella trazado, un retrato de valor no sólo psicológico sino también físico, repleto de concordancias con el que trazaría de Gustavo Sainz cualquiera que le conociese mínimamente, y, más en general –la tez curtida, los ojos duros, la barba cerrada–, de un hombre tétrico y adusto como el Duque de Alba pintado por Antonio Moro, un cuadro que tal vez a Marie Claude ya le fascinaba de niña, cuando recorría con sus compañeras las salas del Museo de Bellas Artes de Bruselas, y la profesora señalaba con el dedo al símbolo personificado en aquella figura de la crueldad más implacable.

En términos genéricos, podría establecerse que mientras las caracterizaciones individuales y autodefiniciones de Marie Claude eran susceptibles de experimentar según el día grandes variaciones, las caracterizaciones de tipo más conceptual o abstracto tendían a permanecer fijas, inmutables al paso del tiempo. Así, la realidad de que Gustavo Sainz fuese uno de los fotógrafos más cotizados de París y A un conocido constructor de Barcelona, no era obstáculo para que, a ojos de Marie Claude, tanto el uno como el otro siguieran siendo, si no revolucionarios, sí hombres de la Gauche, de lo que ella había captado de la Gauche cuando hacia 1968 conoció a Gustavo Sainz, antiburgueses puros ambos tanto en sus principios como en su forma de vida. Ni siquiera el hecho de haber estado en el despacho de A aquel verano que pasaron por

Barcelona, de haberle visto dando instrucciones al propio Romero antes de llevarles a un restorán, le hizo modificar en lo más mínimo la imagen que a este respecto se había forjado. Y es que en la imagen del español, proyección generalizada de su imagen de Gustavo Sainz, una imagen en la que por algún tipo no precisado de afinidad A parecía tener plena cabida, el ser de izquierdas constituía un componente poco menos que imprescindible. Y los españoles que no respondían a esta imagen sencillamente no contaban. Como los memazos de la Gauche, les cons, la mayor parte de quienes se consideran hombres de izquierda y en realidad no son sino pobres mediocres de mentalidad pequeñoburguesa y hasta reaccionaria. Esto lo sabe todo el mundo.

De hecho, Marie Claude había terminado por convertirse en puntillosa guardiana de la amistad entre A y Gustavo Sainz, y eso hasta el punto de que cuando A pasaba por París sin avisarles, no dejaba de inquietarle la posibilidad de un encuentro casual con ella, el chaparrón de reproches que en tal caso se le hubiese venido encima. Una amistad sustancialmente basada en el hecho de haber coincidido durante unos meses en la prisión de Carabanchel, en la forzada intimidad que supone una experiencia de esta clase, los paseos por el patio, los almuerzos celebrados en la celda como si de un restorán de cuatro estrellas se tratase. Era esta convivencia, en efecto, y no la mera circunstancia de encontrarse en la cárcel por pertenecer a una misma organización política lo que, a semejanza de los compañerismos creados en el cole, o en la uni-

versidad, o en la mili, había marcado la peculiaridad que asimismo explicaba, posiblemente, el hecho de que A le siguiera llamando Gustavo Sainz y no simplemente Gustavo. Pero una cosa es haber establecido en aquel entonces ese mutuo entendimiento, superior al existente respecto a otros antiguos compañeros de Madrid o Barcelona, que a partir de entonces incluso hubieran seguido una evolución política similar –de distanciamiento y renuncia–, y otra muy distinta que sus respectivas áreas de actividad se mantuvieran concordantes a lo largo de los años.

Si la amistad, a diferencia del amor, es un fenómeno de adolescencia y, también a diferencia del amor, con frecuencia más duradero, la amistad existente entre A y Gustavo Sainz era en verdad un fenómeno de aparición tardía y, como tal, más susceptible de aflojarse con el tiempo, de mantenerse casi exclusivamente por hábito, igual que en similares circunstancias hay amistades que aguantan por motivos de agradecimiento o por miedo a la soledad o por nostalgia de una época determinada. Cuando A visitaba a Gustavo Sainz, aproximadamente una vez al año, había en su iniciativa, efectivamente, algo de cumplimiento de una obligación, obligación en modo alguno penosa, pero no por ello menos autoimpuesta ni menos sujeta a determinadas condiciones que parecía conveniente respetar. Gustavo Sainz era el fotógrafo más apreciado en los medios intelectuales de París, es cierto, pero también era cierto que cuando dejó Madrid, su propósito era hacer cine, no fotografía, y que por más que actualmente se hallase anclado en la fotografía, su ver-

dadero objetivo –no ya no realizado sino ni tan siquiera intentado– seguía siendo el cine. El cine, así pues, era un tema de conversación que A evitaba cuidadosamente. Hablaban de otras cosas, chismes, entresijos de la vida política española, cuestiones de las que Gustavo Sainz no estaba muy al tanto y que siempre despertaban su interés. Cuestiones, en cambio, que, aparte del placer que supone ser el primero en poner al corriente de algo a alguien, eran de escaso interés para A, unilateralidad de una relación que, por otra parte, tampoco a Gustavo Sainz parecía haberle pasado inadvertida. Los amigos son los amigos, y me gusta echarles un vistazo aunque sólo sea una vez al año, dijo A. Gustavo Sainz, con aquel gesto de enarcar las cejas que en él equivalía a una sonrisa: siempre que las cosas les vayan bien, claro.

Marie Claude les escuchaba en silencio, obviamente sin entender el alcance de lo que decían, aunque, también sin duda, a ella le debía de merecer el respeto preferente de lo prioritario: cosas de españoles. Para ella, A representaba el único nexo de unión con un Gustavo Sainz anterior al que había conocido, con su mítico período de combatiente antifranquista, de víctima de la represión en unas cárceles que seguramente imaginaba mucho más parecidas a las de la inmediata posguerra, con un cupo diario de fusilamientos, que a lo que era el Carabanchel de veinte años atrás. El período de latencia propio de la vida de todo genio, un período que contrastaba y daba realce al tipo de vida que llevaban actualmente, el sofisticado apartamento en pleno Barrio Latino, la gente famo-

sa en diversos ámbitos que ahora constituía su círculo de amistades, los caprichos que ahora podían permitirse, caprichos y, por qué no, hasta extravagancias, siendo como era la mujer de un Man Ray con ojos de Picasso.

Aparecieron unas bandejas de ostras y un par de botellas de blanco de Alsacia, y Marie Claude propuso que celebraran algo. Mi partida, dijo Gustavo Sainz. ¿Tu partida? Ajá: esta noche salgo para Berlín. Marie Claude se quejó de que siempre era la última en enterarse de estas cosas. ¿Tú ves cómo me trata?, preguntó. Pero la noticia no le hizo perder el buen humor: a fin de cuentas era un motivo de celebración tan bueno como cualquier otro.

Gustavo Sainz les llevó a un restorán del Rond-Point des Champs-Élysées, donde fueron acogidos poco menos que como personas de rango real. Marie Claude susurró al oído de A que el propietario, un pederasta con un sentido del humor excepcional, capaz de ser tan maligno como gentil, estaba enamorado de Gustavo, de sus ojos negros y sus barbas negras, si bien fue con ella con quien André hizo gala de esa intimidad que ciertos homosexuales se complacen en exhibir respecto a determinadas mujeres. Y mientras les organizaba el menú, no paró de criticar y cuchichear con Marie Claude, de aplaudir las imitaciones que ella hacía de los gestos, voces, y maneras de amistades comunes. Por otra parte, suya fue la responsabilidad de que se bebieran una botella de champagne antes del burdeos, y de las copas de aguardiente de pera que les ofreció al final. En el momento de salir

llovía y como no encontraban taxi, caminaron cantando «Cantando bajo la lluvia», Marie Claude colgada entre ambos.

En el apartamento siguieron bebiendo aguardiente de pera, al tiempo que Gustavo Sainz iba preparando un somero equipaje. Marie Claude le hizo perder el equilibrio y caer sobre ellos, en el diván, y le besó apasionadamente, como un galán de cine besa a su dama. Ahora Gustavo Sainz la llamaba Marie Con, que en su francés duro, inmodulado, monótono, sonaba, voluntariamente o no, Maricón. Cuídamela bien, dijo Gustavo Sainz mientras luchaba por desembarazarse de su abrazo. Eso sí, en el culo no se te ocurra meterle ni la punta del índice. Con las tetas, en cambio, hace verdaderas maravillas. Le sacó un pecho del escote y, ya con la gabardina bajo el brazo, lo besó como quien besa una mano. Y tú, le dijo a Marie Claude, me cuentas todos los detalles.

No quedó claro en qué momento se había ido Gustavo Sainz. Lo único cierto es que A se encontró haciendo el amor con Marie Claude en la penumbra del dormitorio. Se sentía borracho y su principal problema era el de que la erección lograra mantener la consistencia y duración debidas, que ella alcanzara el placer aunque fuese a costa de su propio placer, principio en el que había sido educado y al que siempre había procurado atenerse, por mucho que la nueva generación pareciera plantearse las cosas de otra manera.

Despertó con la conciencia de estar desnudo y destapado, con frío, tal vez debido a que ella estaba

abrigándole con la sábana. Se arrebujaron juntos y, semiamodorrados, hicieron el amor de nuevo. Fue un susurro al oído lo que volvió a despertarle. Tu m'aime? Oui, dijo. Ahora las tonalidades blancas del dormitorio hacían deslumbrante la luz de un sol ya de por sí esplendoroso. Marie Claude, cubierta con un ruso blanco que olía a sales de baño, le preguntaba qué solía desayunar. A se duchó, se afeitó con la maquinilla que estaba junto al espejo, se vistió; tenía la cabeza espesa. Desayunaron en la cocina, ella un café y él una taza de té de sobre. Iba a decir que debía volver al hotel, pero ella le propuso hacer la compra juntos y él aceptó.

Caminaban del brazo, Marie Claude exultante, tironeándole más que simplemente colgándose al llevarle de un puesto a otro para comparar calidades y precios, detalle éste que parecía tener muy en cuenta. El cielo había vuelto a nublarse y ella decía que le gustaba la brisa fresca de la mañana, y más aún cuando traía llovizna y le mojaba la cara y el cabello. Y, en otoño, pasear pisando las hojas mojadas. Y en verano, en las playas de Bretaña, andar descalza; y también andar descalza por el campo, sobre la hierba, y comer la fruta un punto verde cogida directamente de los árboles: era como bañarse desnuda en el oleaje, esencias tonificantes que el cuerpo absorbe.

Habían comprado ya el pan y la fruta cuando a Marie Claude se le ocurrió organizar en casa una cena rusa, con caviar iraní y steak tartar, su especialidad. Se hizo picar un buen trozo de carne roja y luego compraron vodka, por si en el apartamento no había

suficiente. Un menú capaz de resucitar a un muerto, dijo. ¿No es esto lo que acostumbráis a decir los españoles? También compró seis esbeltas velas de cera.

Marie Claude se empeñó en que almorzaran en un pequeño bistrot junto al parque Des Buttes-Chaumont, su barrio de antes, el barrio en el que vivió con Gustavo Sainz hasta que se trasladaron al Barrio Latino. Mientras paseaban por el parque dijo que nunca le agradecería lo bastante a Gustavo Sainz que la hubiera sacado del mundo de las modelos, un mundo lleno de ilusiones cuyo desenlace es casi siempre triste. Después le propuso ir a l'Île Saint-Louis, donde había vivido con otro antes de conocer a Gustavo Sainz: *Les Aventures de une Jeune Fille Belge à Paris*, dijo con una sonrisa, como si anunciara el título de una película. Pero A dijo que le era imposible, que debía volver al hotel, o iban a pensar que había desaparecido. Además, espero unas llamadas, dijo. Estaba atardeciendo; un día transcurrido casi sin saber cómo. Marie Claude le hizo prometer que sería puntual.

Gustavo Sainz les llamó por teléfono justo cuando empezaban a cenar. Marie Claude le dijo que habían sido très sages, muy buenos, que A era un amour, que le había llevado a Des Buttes-Chaumont, que le estaba mostrando su París más íntimo, etcétera; aquí él dijo algo que la hizo soltarse a reír, los ojos puestos en A. Ahora iban a cenar y el steak tartar estaba muy picante, exactamente como a él le gustaba, y se tenía bien merecido el perderselo por haberles dejado solos.

El steak tartar estaba en efecto muy picante, un detalle más de los muchos que configuraban aquel marco ambiental –la cena en sí, los brindis, la luz de los cirios– que daba por obvio un desenlace, un desenlace, por otra parte, que resultó mejor de lo que A se había temido. Eso sí: Marie Claude era una mujer esencialmente lenta, de orgasmo trabajoso, algo alestargada, tal vez, por los tranquilizantes que tomaba habitualmente. Aunque también podía influir cierta deformación profesional, la de una modelo que se sabe ante la pupila del fotógrafo. La delectación contemplativa, por ejemplo, con que Marie Claude le tomaba el pene y lo consideraba en su erecta longitud, fascinada no tanto por la contemplación detenida y absorta del objeto asido, cuanto, más probablemente, por la imagen de esa contemplación contemplada por otro, él en este caso, y más en general, por la idea del estímulo que esa contemplación podría suscitar en un eventual tercer observador, el hombre que pondera los valores plásticos de una foto fija.

Esta vez A no llegó a dormirse. Despertó a Marie Claude con un beso cuando ya se hallaba enteramente vestido; le explicó que debía volver al hotel, que esperaba una llamada a primera hora de la mañana. Marie Claude le miraba entre desorientada y somnolienta. *Mais tu m'aimes vraiment?*, dijo. *Mais oui*, Marie Claude. *Beaucoup*.

Por la mañana dio instrucciones al conserje para que le cambiara la fecha del billete: tenía que irse aquella misma tarde. Marie Claude tardó en abrirle la puerta, y no sin preguntar quién era antes de hacerlo.

Estaba desnuda y mojada, y le abrazó y besó mojándole también a él. Corrió a meterse de nuevo en la bañera invitándole a seguirla, a desnudarse, a bañarse juntos. A intentó explicarle el cambio de planes, la necesidad de volver urgentemente a Barcelona, de adelantar el vuelo de regreso. Ella flotaba entre burbujas azuladas, imposible saber si le prestaba atención o no. De pronto pidió que le alcanzase la toalla y se incorporó; a la intensa luz del baño, A reparó en unas arrugas que le cuarteaban el vientre y que hasta entonces no había advertido. También se fijó en que las nalgas le colgaban flojas, difuminado el perfil según se fundían a los muslos. Envuelta en la toalla, Marie Claude se echó a llorar; sollozaba que no la dejase, o que le permitiese irse con él, o que, cuando menos, pasaran juntos el resto de las horas que les quedaban. A la invitó a almorzar, le ayudó a ponerse el ruso y preparó un par de whiskies con hielo, un conjunto de medidas que, si no para animarla, sirvieron para hacerle cambiar de humor.

En el restorán, la vehemencia de su andanada contra Gustavo Sainz obligó al maître a volver por tres veces a preguntarles el menú que habían elegido. A no conocía bien a Gustavo Sainz, dijo Marie Claude. Al menos en su relación con las mujeres: la crueldad mental que era capaz de ejercitar, las vejaciones a las que la sometía así en público como en privado. Sí, sobre todo delante de la gente. La trataba como a una idiota, la llamaba Marie Conasse y cosas por el estilo, cosas horribles. Y la empujaba a beber, le decía que lo suyo era el trago, y eso que sabía de sobras que toma-

ba tranquilizantes; a veces se preguntaba si, consciente o inconscientemente, no lo hacía para deshacerse de ella, para liquidarla. Se iban a divorciar; al menos por su parte estaba ya decidido. Una solución que para Gustavo Sainz sólo supondría la pérdida momentánea de una persona en la que pudiera ensañarse, en la que pudiera satisfacer su sadismo. Algo que seguramente iba a suplir de inmediato, pues ya en la actualidad se acostaba con cuantos modelos jovencitas se le ponían por delante. Para él era sólo cuestión de elegir la pieza de recambio.

Pero ¿y ella? ¿Cómo hacer frente, a sus treinta y tantos años, a la competencia de esas jóvenes putillas, chicas sin la más mínima clase pero que van a por todas a fuerza de descaros? ¿Qué porvenir le aguardaba, fuera del cine porno, ahora que había perdido pie en el mundo de la publicidad? Su decisión de divorciarse era, no obstante, irrevocable. A la corta o a la larga, también él hubiera acabado plantándola. Y ahora, al menos, no era aún demasiado tarde para emprender una nueva vida, para empezar a partir de cero, igual que cuando llegó de Bruselas. El simple enunciado de las decisiones tomadas y de las perspectivas que con ello se le abrían pareció relajarla, y ahora comía con apetito, casi con animación. Ni siquiera le importaría volverse a Bélgica. O ir a España. ¿No tienes sitio en tu despacho para una secretaria belga, mon amour? O en tu casa; no debe de ser tan corriente en España tener una chica de servicio belga.

Le acompañó hasta Orly, y mientras A se ocupaba de facturar el equipaje, ella se las arregló para com-

prarle una guirnalda de flores de plástico tipo collar hawaiano que le colgó del cuello. Para enmarcar el último beso, dijo. Y cuando pasaba el control de pasaportes le gritó algo que daba a entender que estaba despidiendo a una famosa personalidad del mundo del cine, y la gente se volvía a mirarle hasta que A logró perderse en las escaleras. Que el vuelo tuviese algo de espectral fue más bien culpa de sus tripas, que A sentía como recorridas por pequeñas serpientes de cascabel.

La llegada a El Prat; el intento de recordar en qué rincón de aquel maldito parking había dejado el coche; el regreso a casa a través de una ciudad que cada vez que volvía encontraba más fea; las calles del barrio, colapsadas por los coches y autocares cargados de colegiales; el desayuno, las tres tazas de té tomadas en compañía de Victoria, con la presencia ocasional de Carmela Torres; el periódico, la correspondencia acumulada, la carta de Marie Claude, la única que se animó a leer y que al menos tuvo la virtud de hacerle caer en la cuenta de que sólo faltaban cuatro días para el comienzo de la primavera. Una carta, decía Marie Claude, escrita con la única intención –muy suya– de hacerle llegar el aire de primavera que ya empezaba a respirarse en París, con los crocus morados y amarillos brotando en el parque y esas varas de oro o como se llamen que se abren antes de que aparezcan las hojas. Había una posdata de Gustavo Sainz en la que se limitaba a preguntarle si se iba a dejar ver antes del verano.